

sin la aceptación de ciertas dosis de convencionalismo, que hay que matizar en todo lo posible, en torno a este y a otros temas, cualquier historiador de la literatura quedaría inerte.

Por supuesto ¿quién no ha defendido una crítica sin historia, o una historia de la literatura sin autores, pura emanación del espíritu, como soñaba Valéry, o, bien vinculada intensamente —Lanson, Febvre— a los comportamientos sociales y al análisis de la recepción? Nadie ha cumplido, por el momento, sino por aproximación con estas propuestas. Mientras se realizan, bienvenidos sean libros como el de Oviedo, inteligentemente abocado a una dinámica tan moderna como posibilista.

La introducción de un capítulo sobre las literaturas indígenas precolombinas, criterio que opera sobre la conveniencia de ilustrar acerca de una realidad casi siempre anónima, salvada por tradición oral y, en último término, por su inserción en la escritura de los conquistadores, en cuanto constituye un sustrato, ocasionalmente, de lo que propiamente es la literatura hispanoamericana, es una decisión que el autor resuelve con precisión y holgura. Y ciertamente no desaprovecha la oportunidad de mostrar la importancia, menos destacada habitualmente, del fenómeno contrario, en virtud del cual lo que conocemos como literatura precolombina, por no hablar de la indígena en general, es casi siempre, literatura *transcrita o transliterada*. A este respecto pensamos que, por lo que concierne al primer apartado de la cuestión, valdría la pena —y un libro de este alcance no es el lugar para ello— ir a mayores concreciones. El caso de José María Arguedas, al que Oviedo con razón acude, es verdaderamente paradigmático, pero, objetivamente, conviene no olvidar su singularidad: acaso no haya en toda América, después del Inca Garcilaso —y no olvidamos a Asturias ni a Rosario Castellanos— una escritura donde lo indígena y lo hispano se hayan encontrado de un modo tan admirablemente natural. Y es preciso no confundir esta privilegiada simbiosis —no lo hace Oviedo— con la presencia del tema indígena en autores de intensa formación occidentalista, llámense Cardenal, Galeano o, para sorpresa de lecturas unilaterales de *Ariel*, José Enrique Rodó.

Nuestro autor no ha querido encerrar a los cronistas de Indias, incluidos los de sangre india, en el apartado

específico en que a veces se les sitúa en obras análogas, con lo cual mejora su contextualización. Interesan sus oportunas precisiones sobre la hibridez de las crónicas, la superposición, literal muchas veces, de sus contenidos, su frecuente condición de palimpsestos, su valor testimonial, su intencionalidad y los numerosos registros de su significación cultural y estética, puntos que constituyen un buen arranque para la estructura de los análisis que siguen. Presión de la imaginación y la cultura (Colón), observación del mundo natural y providencialismo (Fernández de Oviedo), ansia de información y persuasión (Cortés), celo religioso y visión utópica (Motolinía), asunción del marco bárbaro (Alvar Núñez), son algunos de los aspectos determinantes en la revisión de cronistas mayores. No se trata sólo de una valoración de predicados de base: hay una permanente apreciación de los recursos que sirven a éstos. Así en *Las Casas*, el ardor de la denuncia se vierte en hipérbolos y soflamas, estilo errático y difuso que a veces se torna eficaz y convincente; en *Bernal*, la riqueza de los detalles descuida la visión de conjunto, pero el conjunto del material lingüístico, en retratos, diálogos y escenas, hace revivir con nitidez el dinamismo de los hechos pasados... El Inca Garcilaso, merece, por supuesto, un concienzudo tratamiento. Oviedo, que no explica la literatura por las biografías, pero que no rehuye, cuando es preciso, los datos de esta naturaleza, sin temor a las ya felizmente superadas desviaciones inquisitoriales del inmanentismo, se acerca a la peripecia vital del Inca para entroncarla con su obra y con su cuidada dialéctica que avanza paso a paso hacia el tema íntimo y predilecto que se explaya en los *Comentarios reales*, literatura de informe y documento, pero sobre todo entrañable literatura de la memoria, a la que sería difícil encontrar parangón. Oviedo revisa con acierto las consecuencias de estilo emanadas de un escritor de formación española y renacentista atrapado por tema y emoción americanos. Valdría la pena haber recordado aquí la excelente edición de la profesora sevillana Carmen de Mora sobre *La Florida* (Madrid, Alianza, 1988).

La contextualización a que hemos hecho antes referencia nos sitúa a los cronistas rodeados de otras variadas formas literarias: el teatro evangelizador

—Oviedo atribuye a Fray Toribio de Benavente la autoría de obras en náhuatl, frente a las reservas de Henríquez Ureña, siguiendo a Georges Baudot— y la poesía popular, satírica y culta, la prosa cortesana —Cervantes de Salazar y Jiménez de Quesada—, a la vez que enmarcados en un mundo con tempranas universidades, imprenta y escuelas de artes y oficios: una pretendida España de ultramar frente a las factorías de la colonización anglosajona. El estudio de *La Araucana*, considerada como obra fundacional de las letras chilenas y del lenguaje épico hispanoamericano, destaca, en un sólido apartado, las virtudes de Ercilla: medida, rigor, fidelidad de un modo general a la historia y sobriedad de la voz del emisor, voz que, pese a las conocidas influencias, posee fuerte identidad propia.

Oviedo aborda también la compleja cuestión del manierismo y su percepción en las letras de América acercándose a las poetisas anónimas, Amarilis y Clarinda, a la *Grandeza mexicana* de Balbuena y a *La Cristiada* de Hojeda, siquiera la separación entre lo manierista y lo barroquizante no acabe, una vez más, de abandonar aquí sus evanescentes contornos.

Es ya tiempo de apreciar también el esfuerzo del autor por compatibilizar la huida del fárrago con el afán de inventariar que al cabo tienta a todo historiador de la literatura. Oviedo soluciona la tentación con la utilización de la letra menuda para no desatender a los autores menores o discutiblemente menores. Se abre, naturalmente, ahí un nuevo campo de discusión. ¿Hasta qué punto merecen puestos marginales el neogranadino Hernando Domínguez Camargo y el canario-cubano Silvestre de Balboa, hoy muy revalorizado?

Bien enfocado el tema de *la cuestión de la novela colonial*, con la conveniente advertencia de moderación para los entusiastas buscadores de anticipaciones del género, al par que se marcan los justos rasgos novelescos de obras diversas, de *El carnero* de Rodríguez Freyle a *La endiablada* de Juan de Mogrovejo, que mereció un apreciable estudio de Stasis Gostautas en el primer congreso español del IIII, con actas publicadas en 1978.

Soslayada la fatigosa cuestión de la mexicanidad o españolidad de Ruiz de Alarcón («una decisiva contri-

bución indiana al teatro de su tiempo (...). No de un mexicano, pero sí de un criollo americano que decidió escribir en España») y sintetizados sus logros: dominio de la técnica teatral, buena detección de las máscaras humanas, captación del espectador sin recursos aparatosos, lo que compensa la falta de tensión lírica de su verso, desembocamos en otro de los previsibles temas cenitales del libro: sor Juana Inés de la Cruz, precedido de un buen análisis de las peculiaridades del barroco americano: arte ceremonial en el que Oviedo percibe una veta 'realista' que conecta con lo indígena y lo popular, a la vez que estimulador de una admirable figura americana: el *sabio criollo*, cuyas particularidades observará pronto en Carlos de Sigüenza y Góngora.

En 1995, año del centenario de la muerte de la monja mexicana, hemos tenido ocasión de defender la necesidad de olvidar un tanto su etopeya para recuperar en plenitud su escritura. La inclinación a escudriñar en una peripecia vital tan sugestivamente cargada de enigmas es, sin embargo, reconozcámoslo, demasiado fuerte, porque en el fondo en esa andadura percibimos muchas de las claves de un tiempo cultural contradictorio. Oviedo lo hace discretamente para centrarse enseguida en el análisis de la lírica, su variada dialéctica y sus recursos formales. En lo que se refiere al *Sueño*, lo define como poema intelectual y 'constructivista' por su especial tratamiento de los arquetipos, y observamos ahí cierto contacto con la línea de José Gaos. Instalado en un contexto que arranca del ciceroniano sueño de Escipión y llega a Keats, Mallarmé, Gorostiza y Huidobro —una buena apreciación de la relación entre el poema de sor Juana y *Altazor* fue hecha hace poco por Belén Castro Morales (1991)—, adquiere la experiencia sorjuanina su condición de brillante momento de una importante recurrencia.

No puede faltar en el barroco peruano la amplia atención al quevedesco Caviedes, y al gongorino Espinosa Medrano, ejemplo de fidelidad mestiza, o tal vez india, más admirable por tardía, al maestro de Córdoba. Entre los escritores 'menores', pero suscitadores de interés creciente, del siglo barroco, la letra menuda recoge, con acierto, a Piedrahita, Solís y Valenzuela, Evia y Tejeda. Vuelve el recuerdo del Lunarejo (Espi-

nosa Medrano) al hablar del teatro mestizo, capítulo que nos anticipa la importancia del famoso drama quechua *Ollantay*, y son presentadas otras admirables creaciones como el *Güegüence*, justificado orgullo de Nicaragua.

El paso del barroco a la Ilustración da a pie a acertadas precisiones sobre el rococó, algunos de cuyos rasgos parecen detectables en momentos del teatro de Pedro de Peralta Barnuevo, al que, justamente, se considera sobre todo en su condición de «filósofo» producto del iluminismo y autor de una desmesurada obra cuyos valores literarios hay que buscar en sus resquicios. Oviedo resalta bien la significación de este hombre de erudición asombrosa entre el naciente racionalismo americano y los condicionamientos tradicionales. Ciertamente concordamos en que el «doctor océano», como lo llamó Luis Alberto Sánchez, es con el citado Sigüenza y Góngora la figura más representativa de la erudición en los tiempos virreinales. Acertada la recuperación de «el ciego de la Merced» en el teatro limeño, cuyo estudio más completo ha sido sin duda el realizado en España por Concepción Reverte en un libro recogido en la bibliografía de este capítulo.

La dimensión pedagógica del estudio de Oviedo, patente de un modo general, queda bien explícita en el análisis de un capítulo tan importante para entender los vaivenes culturales de América como el dedicado a «la cultura eclesiástica y la expulsión de los jesuitas», malhadado episodio que tuvo una contrapartida de signo positivo en la labor de estos religiosos en los estados pontificios, como respuesta, en parte, a la nueva leyenda negra de Buffon, de Pauw, Raynal y Robertson. El apartado, certeramente enfocado, nos resulta demasiado exiguo. Al menos el padre Clavijero y su *Historia antigua de México* quedan pidiendo una aproximación más holgada (si se tiene en cuenta, sobre todo, la concedida inmediatamente a la mística neogranadina Madre Castillo). Los siguientes capítulos — «Viajeros, científicos y otros prosistas», «Varias regiones. Una magra cosecha poética», «Un teatro en tiempos de transición»— muestran asimismo nombres y creaciones que, si individualmente carecen de extraordinario relieve, documentan la gran vibración cultu-

ral del Siglo de las Luces en los Reinos de Indias. Resulta previsible el buen análisis del *Ollantay*, obra de sustrato incaico pero de elaboración hispánica, cuyos problemas de autoría y distintas versiones quedan aclarados. Carrió de la Vandra (Concolorcorvo) y su *Lazarillo de ciegos caminantes*, formidable aportación a la literatura de viajes, enérgico libro de grandes frustraciones apenas veladas, son reseñados con generosidad merecida como conspicuo ejemplo de la robustez de la prosa americana ya no lejana a los días de la independencia. También Olavide, en función sobre todo del valor testimonial de su peripecia vital pero también en cuanto autor de olvidadas y débiles novelas, a propósito de las cuales se hace un breve pero sagaz ejercicio de comparatismo literario.

Como no podía dejar de ocurrir, el impetuoso mexicano fray Servando Teresa de Mier, un hombre escindido entre dos mundos, atrapa al historiador literario con las contradicciones y complejidad de sus fabulosas *Memorias*, proyectadas en nuestro tiempo, como bien recuerda Oviedo, en la magnífica reescritura del novelista cubano Reynaldo Arenas. La hábil condensación subsana aquí la relativa limitación que los admiradores del temperamental dominico percibirán en este capítulo.

Ya hemos entrado, incluyendo parcialmente hasta a Concolorcorvo, con el firme avance representado por la *Carta a los españoles americanos*, oportunamente comentada, del Padre Viscardo, y la obra del quiteño Santa Cruz y Espejo, en los autores portadores de una conciencia nacional y de un criticismo que va a ir avivándose. En este sentido el apartado dedicado al periodismo y las sociedades ilustradas, resulta fundamental, lo mismo que el capítulo 7 que estudia la evolución del neoclasicismo al romanticismo, ya en el marco del proceso de emancipación y reorganización de los nuevos estados. La obra novelesca de Fernández de Lizardi, fundamentalmente *El Periquillo Sarmiento*, queda aquí recogida como clave de un momento inaugural, certeramente señalada su oscilación entre la frondosidad de sus pasajes pedagógicos y la vivacidad de su discurso descriptivista, vinculado en buena parte al molde picaresco. Convendría haber recordado al referirse al 'pensador mexicano' el amplio estudio de Rocío Oviedo Pérez de Tudela sobre el periodismo